

Balas rojas



Portavoz de la 75 Brigada Mixta

Sería un crimen, no de lesa patria, sino de lesa humanidad, que por errores en la conducta --errores, no hablo más que de errores-- pusiesen en peligro de malogro el sacrificio de tantos combatientes por los cuales existimos.-Azaña.

Madrid, 8 de Julio de 1937

Número 11

"La unión es palanca indispensable para la victoria"

DEL MOMENTO

Muchas enseñanzas, estamos obligados a obtener de la caída de Bilbao en poder del fascismo invasor. Aparte de otras varias, se destaca sobre todas la que se refiere a la Unidad, resaltando una vez más como imprescindible e indispensable para nuestra victoria.

En la gloriosa Euzkadi no había, por causas que no son del caso, Ejército regular popular como en el Centro; tampoco había Mando único; no había Unidad en la retaguardia; es decir, que brillaba por su total ausencia lo que constituye el arma principal de nuestra victoria: la Unión.

No son horas de llantos ni de lamentaciones; son instantes, horas, de voluntad, de decisión y de firmeza. Cuando se lucha, como nosotros, por un ideal, por una causa justa y por la independencia de la Patria, los tropiezos, grandes o chicos; las dificultades, mayores o menores; las derrotas, en vez de desalientos deben producirnos nuevas energías, mayores bríos, nuevos impulsos en nuestra marcha y en nuestra voluntad de vencer; nuevas enseñanzas que dibujen más claramente el camino de la victoria.

A pesar de su heroísmo, de su abnegación, las Milicias de Vasconia han tenido que replegarse y abandonar su querida ciudad. Esto nos enseña que el heroísmo sin unidad de acción, que la abnegación y el entusiasmo son ineficaces y estériles cuando no se mueven al unísono, al conjuro de una sola voluntad, robustecida por la asistencia unánime de cuantos consideramos que sin unidad caminamos peligrosamente.

Nosotros podemos decir, con singular satisfacción, que nuestra Brigada ha respondido como suponíamos; es decir, sin desalientos ni llantos al contratiempo de Bilbao. La sensación de entusiasmo y de moral dada al enemigo el día 21, cuando todos nuestros soldados corearon en la línea de vanguardia entusiastamente los vivas de nuestra emisora, son una prueba de ello; pero no hemos de parar ahí todo lo que ante tal descalabro hemos de hacer. Preciso es que penetre en todos nosotros de forma indeleble que sin unidad, que es disciplina y responsabilidad; sin unidad, que es mando único y responsable; sin unidad, que es voluntad de

(Pasa a la página 7)

Cerebro en el Mando



La formación del Ejército popular, su capacitación y la labor de dotarlo cada día de mayor eficacia, tiene que ir acompañada de otra tarea no menos difícil ni menos importante: la de lograr el orden en la retaguardia y el mejor aprovechamiento de todas las energías, puesto que de ello depende en gran parte nuestra victoria.

La retaguardia en tiempos de guerra ha de ser también un Ejército disciplinado, con mando único y obediencia inexcusable: ha de ser el Ejército del trabajo y la laboriosidad, que a la vez que colabora con el Ejército de vanguardia a ganar la guerra, vaya afianzando los jalones firmes para construir la nueva sociedad española.

Sabemos que este es el sentir del pueblo antifascista y el sentir también de quien tiene a su cargo la empresa de conseguir que este sentimiento sea una realidad. El camarada Zugazagoitia, hombre curtido en la lucha por la libertad y la democracia, se merece nuestro aplauso, que le tributamos sin reservas en estas líneas. El tiempo que lleva desempeñando la cartera de Gobernación ha realizado una magnífica labor de saneamiento y de policía digna de todo encomio; ¡mal lo están pasando los emboscados de la retaguardia y los agentes de la quinta columna, enquistados a veces en los propios organismos oficiales y antifascistas! Difícil tarea la suya; por eso nosotros, combatientes del

(Pasa a la página 2)

La propaganda política en las filas del Ejército

Afanes de proselitismo político vienen invadiendo zonas militares. Para el ministro que suscribe es muy dudosa la pertinencia de tan vehementísima porfía en los momentos actuales, aun dentro de la esfera donde habitualmente se desarrolla la propaganda política, pues juzga prematura la busca de predominios, que sólo podrían revestir solidez cuando, asegurada por el triunfo la libertad de todos, el pueblo esté en condiciones de hacer efectiva de modo omnímodo su voluntad. Pero, desde luego, no cree permisible que se actúe entre las fuerzas armadas para engrosar con miembros de éstas el número de afiliados de uno u otro partido o de una u otra organización sindical. Con que los combatientes sean antifascistas, basta. El antifascismo debe ser el lazo de unión; por el contrario, las pugnas partidistas con finalidad de sumar adeptos, arrebatándoselos mutuamente, sólo servirán para quebrantar los vínculos de una solidaridad que en el Ejército del pueblo es indispensable y, además, sagrada.

Los inconvenientes de semejante proceder aparecen notorios, y su nocividad aumenta cuando la labor de captación se realiza desde los puestos de mando. Cualquier indicación hecha en ese sentido a un inferior constituye una coacción repulsiva, e idéntico carácter adquiere si proviene de los comisarios políticos, cuya misión principal es concordar las voluntades de los soldados en vez de disociarlas.

Por lo expuesto, he resuelto:

Primero. Queda rigurosamente prohibido a los individuos de los Ejércitos de tierra, mar y aire hacer propaganda encaminada a obtener de soldados, clases, oficiales o jefes su ingreso en determinados partidos políticos u organizaciones obreras, debiendo respetarse con los máximos escrúpulos la libertad de pensamiento de los combatientes, en quienes basta, como título de lealtad, estar adscritos a cualquiera de los núcleos políticos o sindicales de significación antifascista.

Segundo. Las propuestas o meras indicaciones de un superior a un inferior para obtener de éste el cambio de su filiación po-

(Pasa a la página 6)

HABLA EL Mando militar.

Guerra civil en España

Tragedia que ha sumido en la tierra a millares de seres inocentes, hogares destruidos, corazones desgarrados, ilusiones desvanecidas por el fatal momento que el destino ha proporcionado a nuestra madre España y que sacrificará a sus hijos antes que consentir ver pisoteado su suelo por seres que con el citado de tales y humillando su honor la pretenden desgarrar y distribuir entre los representantes ambiciosos del fascismo internacional, que, impotentes para resolver las múltiples dificultades por ellos creadas en su seno, y achacándolo a motivos superficiales, descaradamente y sin escrúpulos intentan repartirse nuestra tan querida tierra.

En estos momentos históricos por que atraviesa nuestra Patria surgen una serie de dificultades cuya resolución, a nosotros encomendada, serán los peldaños que ordenadamente dispuestos nos han de conducir a esa fecha tan ansiada que nos proporcionará la «victoria» y con ella la libertad del pueblo español para ejemplo del mundo y comienzo de las reivindicaciones del proletariado universal, conseguidas en lucha encarnizada contra el fascismo asesino, que pretende esclavizar a los pueblos, paralizándolo los avances de la Civilización y del Progreso, ahogando en sangre los gritos de la democracia universal.

Muchos problemas plantea una guerra, la Historia nos lo ha demostrado; pero más y con mayores dificultades cuando a un pueblo pretenden aislarle y tiene que resolverlos valiéndose de sus propios medios y elementos; ésta y no otra es la idea que debemos llevar grabada en nuestro pensamiento todos los que no estén dispuestos a perder su dignidad de españoles. ¡Bonito ejemplo para el mundo que se llama civilizado y que ha consentido que nuestra guerra, que también es suya, se deslice en el tiempo y para el tiempo, tolerando la trágica farsa de la «no intervención»! Pero el pueblo español, firme y sereno, sabrá imponerse y, en contra de todos esos insanos propósitos, demostrará a algunos pueblos que ni los tanques, ni los aviones ni los ejércitos numerosos podrán dominar a un pueblo iluminado por el ideal de la democracia y asistido por la razón y el ansia de libertad.

Ahora bien; lo que no puede tolerarse más es que en esta trágica lucha que ensangrienta España en defensa de su independencia y a la par de la supresión de las diferencias sociales, haya un ciudadano sin contribuir con su esfuerzo, con el fin de acelerar la victoria y evitar que, llegado ese feliz momento, surjan dos categorías de individuos: la de los que, arrostrándolo todo, despreciando la vida, contribuyen a la consecución del triunfo, y la de los que, adoptando el bonito papel de observadores, no sólo no contribuyen, sino que la obstaculizan y retrasan, y que al mismo tiempo pueden constituir un serio peligro para la decisión de la guerra.

Así, pues, «ciudadanos españoles», a la guerra y para la guerra; cada uno en su puesto para dominar estos momentos difíciles que estamos soportando; el que no sirva para estar en una trinchera o para desalojar al enemigo de la suya, servirá para construirla; el que no sepa trabajar en industrias o material de guerra, servirá para transportarlo o distribuirlo; que no se paralice ninguna rueda, que todos funcionen y pronto surgirá la nueva España, libre de prejuicios sociales. ¡Españoles, por la independencia de España lucharon nuestros antepasados, en otros momentos también históricos, y la consiguieron; la Historia nos repite los hechos; luchemos todos como movidos por un solo resorte y la conseguiremos también! Jamás debemos consentir que nos usurpen ni un ápice de nuestro suelo, por la integridad de nuestra Patria libre y nueva, a ganar la guerra, y pronto gritaremos tranquilos en todos los pueblos de España: ¡VIVA LA REPUBLICA ESPAÑOLA!

MANUEL BONILLA

Teniente del 5.º Batallón, 75 Brigada

Habla el Soldado

Un vicio "Peligroso Enemigo"

Naturalmente, como somos de condición rebelde, es lógico que no admitamos el vasallaje ni el concepto de supremacía de uno sobre otro; nadie que verdaderamente se proponga desarrollar un cometido al cabo de una preparación es menos que otro para desarrollarlo, pero no es menos evidente que cada uno se propone una cosa diferente, según su temperamento.

Para ningún hombre consciente está vedada la crítica, pero la crítica razonada y práctica, la que tenga como fin corregir los defectos del criticado, que todos los tenemos. Lo que no concibo entre nosotros es esa crítica de zancadilla, cuando no de comadres.

Casi todos los voluntarios hemos hecho méritos y sacrificios, y se nos puede confiar una responsabilidad en esta lucha que sostenemos; pero todos, naturalmente, tenemos nuestros defectos. El borrachín cree que el que no está todo el día jurando, o no bebe como él, no tiene energía para mandar... El campesino cree que solamente echándole reñones se puede mandar bien, sin tener en cuenta la moral por el trato y el valor del conocimiento de los planos... El intelectual, generalmente, cree que solamente el que tiene estudios de determinada materia es el apto para mandar.

Y yo creo que para hacernos dignos de la causa que defendemos y para mejor luchar, debemos de corregirnos nuestras faltas y capacitarnos todo lo que podamos, particularmente para la guerra, siendo más generosos y dejando esa enfermedad de la envidia, que es nuestro peor enemigo y le coloca al que la posee en condición de cotilla de vecindad.

Ahora sí, todos somos fieles cumplidores y en el momento de peligro estamos conjurados para morir.

Luego entonces, dejemos nuestra crítica de comadres y esforcémonos en cumplir como buenos luchadores, y si algún compañero comete alguna falta, impongamos la norma de camaradas, que es la de recriminarle amistosamente.

Yo, por mi parte, me tapono los oídos a todo lo que no sea una crítica razonada y noble.

JULIÁN GARCIA PENA



CEREBRO EN EL MANDO

(Viene de la primera página)

Ejército popular, queremos hacerle presente nuestra adhesión y significarle la importancia que concedemos a la tarea que tiene encomendada, en nuestro deseo de alentarle en su obra, que sabemos seguirá desempeñando con todo entusiasmo y acierto.

Uno de los grandes aciertos del camarada Zugazagoitia ha sido el saber rodearse de competentes colaboradores, llenos de entusiasmo y fe republicana, a quienes también tenemos presentes en nuestro homenaje.

¡Salud, ministro de la Gobernación: en tu obra encontramos la mejor garantía de que el esfuerzo del glorioso Ejército popular español ha de rendir a España frutos inestimables en su historia de país libre y digno! ¡Adelante, con paso firme, hacia la victoria, acompañando la marcha de la retaguardia en su trabajo y laboriosidad al espíritu heroico de nuestro Ejército, ansioso de emprender la violenta ofensiva que arrolle al fascismo criminal de nuestro suelo y garantice al pueblo español un porvenir de libertad y de justicia!

Odiemos al fascismo

Analícemos y meditemos sobre el odio. ¿Qué es el odio? Adversión, aborrecimiento; pero muchas veces por el odio los hombres han caído en el error, porque, poseídos por la cólera, carecieron de ecuanimidad y serenidad ante los hechos y dilemas de la vida o de la Historia.

Comprendo el odio en el ruín y el envidioso ante el hombre sencillo y generoso; veo factible el odio en el perverso, que no concibe la abnegación y el sacrificio; es lógico que el necio odie al sabio, que el lacayo y el eunuco odien la libertad y el amor y que el reptil odie a la libélula que vuela. ¿Conocéis la fábula del águila y el caracol?

Un águila, descendiendo del espacio preñado de sol, se posó en el picacho más alto e inaccesible de la cordillera.

Plegó las alas y, soberana en la soledad majestuosa del silencio, en posesión del vértigo de su orgullo, dijo:

—¿Quién se ha posado más alto que yo?

—Yo—dijo alguien encima de ella.

Alzó asombrada los ojos el águila y vio un caracol.

—¿Cómo has podido llegar hasta tan alto?

—¡Arrastrándome!...—respondió el sucio molusco.

—Tienes razón—le respondió el ave, batió las alas y se perdió en el horizonte.

El odio podrá ser una pasión fuerte, pero innoble. No es ese el camino. Los hombres libres no podemos odiar al fascismo. Un hombre libre, si tiene algún prejuicio, es que supedita todos los prejuicios ante la libertad, y un hombre libre no odia: desprecia.

¿Qué es el fascio? De un lado, la autocracia, la plutocracia y el despotismo aliados para prevalecer, aunque el mundo expire ahogado en un mar de sangre.

La barbarie contra la civilización, los vándalos contra Atenas, la tiniebla contra la luz, el abismo negro e insondable contra el espacio azul e infinito, la garra contra el élitro; de otro, el pantano, la ciénaga, el fango y la cloaca.

¿Y vamos a odiar eso?

No. Los hombres libres desprecian, no odian; mueren si es preciso en aras de la libertad, erguidos, plenos de serenidad, sonrientes y seguros, en la convicción de que, sea cual fuere el cataclismo que desate la barbarie en su furia, el Mundo, pese al mismo Dios si existe y se opone, será libre.

No; odio, no; desprecio. Pero no desprecio contemplativo ni teórico, sino desprecio acompañado de la acción; desprecio que puede ser la idea que salva o el bisturí que amputa y elimina la gangrena; desprecio que puede y debe ser el arma que mata y ultima a aquéllos que, legionarios, mercenarios de la esclavitud, vienen en oleadas, insensatos, pretendiendo poner cadenas a la integridad del libre albedrío.

Desprecio no indiferente, si actuante. En todas partes: en la trinchera, en la ciudad, en el campo, en la fábrica, en el hogar...

Allí donde se vea un hombre de rodillas, decirle: Eres hombre, ¡levántate!; sacude el yugo, rompe la cadena e imita a Bruto clavando el puñal en el corazón del César.

No tejas con tus manos la tiara al mito ni la clámide al Sátrapa, porque en justo premio te flagelará la espalda. No seas esclavo, no te postres, coge el arco y la honda y derriba los ídolos.

Rompe el tabernáculo y, cuando el Dios del Serapeum yazca maltrecho en tierra, verás cómo las ratas que anidaban en su seno huyen despavoridas.

Despreciamos al Fascio y, cuando vencedores entonemos en triunfo el himno de la Libertad, no olvidemos, no perdonemos a los vencidos, escupámosles al rostro este anatema:

«Por vosotros, genuflexos, invertebrados, nauseabundos, cayeron los mejores, y gracias a ellos disfrutáis de una vida mejor a la que no tenéis derecho.»

Despreciamos al fascio y ultimémosle.

Un enemigo no está definitivamente vencido si no está sepultado diez metros bajo tierra.

ANTONIO GARZA

Saber mandar significa conocer los hombres y dominar la técnica de la guerra

I

La misión del oficial en el Ejército es mandar. Y mandar no es una cuestión administrativa, sino un arte especial, que se debe conocer a fondo y que tiene sus principios. Saber mandar no quiere decir siempre hacerse obedecer. Un jefe debe administrar, instruir, gobernar. Manda en las oficinas y en la instrucción, ordena algunas veces y aconseja otras; manda la unidad en el combate. No ve en sus soldados autómatas, sino colaboradores. Prefiere perdonar el acto de orgullo de un soldado a tolerar su servilismo, la adulación, la debilidad. Prefiere que su soldado cometa un error, pero que tenga y desarrolle iniciativas, cuyo espíritu él siempre animará. Se ocupará siempre de apreciar los valores individuales, de ponerlos en su justa función y en su justo lugar, exigirá que obren con todo vigor e inteligencia. La dignidad, la lealtad, el valor y el sentimiento de humanidad le harán también un jefe moral, un educador querido por sus soldados.

Hay jefes, de cabos para arriba—por fortuna muy pocos—, que consideran que el mandar se reduce a dar gritos y castigar continuamente. En general, son hombres controlados por su vanidad, por su amor propio, por su ambición. Hombres infatuados, que se creen el centro del mundo, rodeados de gente servil. Y su unidad marcha mal. No está bien administrada, bien dirigida, ni bien organizada. Los soldados no admiran al jefe, le temen.

Hay otros—y también, por fortuna, pocos—que son muy débiles. Que evitan todo lo que pueda «fastidiarles», que son felices cuando no hay batalla, hombres siempre inciertos, que dejan todo incumplido. Se sienten satisfechos de tener un uniforme brillante y los galones de oro.

Y existen los jefes buenos, los que saben conquistarse la admiración y el cariño de sus soldados por su inteligencia, por su carácter firme, por su devoción a la causa, por su valor. Con éstos, los soldados se sienten alegres de obedecer. En estas unidades todo marcha bien, sin gritos, sin castigos. El jefe se abstrae de su propia personalidad, evita el gesto y la teatralidad, es sincero con sus hombres; en el combate tiene sangre fría y jamás le hace olvidar el pánico su deber de mando; saluda siempre, no injuria nunca, evita la afección y es siempre cortés. Su ambición es aumentar la dignidad personal de sus soldados, el que uno no quite su función a otro. Este es el jefe querido por los soldados, el camarada, el hombre que están dispuestos a seguir hasta la muerte. Este jefe es siempre un ejemplo para sus soldados. No se emborracha, no se desgasta en aventuras. Cuida su inteligencia y su cuerpo, para educar y mandar mejor. Tiene en sus manos «hombres», que debe mandar en el combate. Es responsable de sus vidas. Responsable ante sí mismo, ante ellos, ante el Gobierno, ante el pueblo.

II

¿Qué impresión tiene el soldado cuando ve a su jefe borracho? ¿Qué confianza puede tener en él? Un jefe que ha de mandar debe comenzar por ser rígido y austero consigo mismo. ¿Qué impresión tiene un soldado cuando ve que su jefe no se ocupa de su comida, de su ropa, de su cultura, y que, en vez de esto, se muestra muy interesado por los gestos y la teatralidad? El soldado le desprecia. ¿Qué impresión tiene el soldado cuando ve que su jefe pierde la sangre fría en el combate, cuando ante una queja grita y castiga, cuando da órdenes contradictorias, cuando dice una mentira? No tiene ninguna confianza en él y se desmoraliza. ¿Qué dice el soldado cuando ve que su jefe se preocupa de buscar sólo una buena casa, de comer bien y de lucir su uniforme, cuando trata con soberbia a los soldados, cuando

en los pueblos rehúsa ligarse a las masas y establece un nuevo cacicato? Piensa en los generales facciosos del ejército rebelde. ¿Qué piensa el soldado cuando sabe que su jefe vive a 60 ó 70 kilómetros del frente, que no visita nunca a sus soldados en las trincheras, que el único lazo que tiene con sus fuerzas es por medio de papeles y que no aparece por el frente cuando hay una operación? Se convence de que el que lo dirige es un portagalones, pero no un jefe.

Nuestros soldados son hombres que meditan y piensan, que juzgan y sacan sus conclusiones.

Nosotros queremos que todos nuestros jefes militares estudien, mediten, conozcan a sus soldados. Son queridos por ellos, y estos soldados quieren cada día más y más a sus jefes. Y estos jefes deben ser dignos de dirigir el gran Ejército del pueblo y de cumplir con la misión sagrada que les encomendó el pueblo español.

CARLOS J. CONTRERAS

Una disposición del Ministerio de Defensa Nacional muy saludable para la República.

El ministerio de Defensa Nacional ha publicado un decreto que establece oportunas medidas para normalizar la actividad militar de los jefes y oficiales del Ejército de la República. El decreto en cuestión es un nuevo acierto del Gobierno, y en particular del ministro de Guerra, Marina y Aire, Indalecio Prieto.

Según las disposiciones dictadas, ningún jefe ni oficial del Ejército podrá permanecer en servicios de retaguardia u otros análogos sin haber actuado durante un período no inferior a tres meses en los frentes de combate, realizando en ellos cualquier cometido.

Es muy justa la determinación. Por ella se evita toda anomalía, todo abuso. El trabajo de jefes y oficiales podrá realizarse y distribuirse de una manera equitativa, repartiéndole entre todos por igual.

Y tiene mayor trascendencia el decreto, toda vez que en él se determinan estas dos cosas fundamentales: aquel jefe u oficial que sin haber permanecido tres meses en el frente no lo haga constar así al subsecretario del Ejército de tierra, en un plazo determinado, será separado del servicio militar y sufrirá otras sanciones pertinentes. Y aquel jefe u oficial que, en su trabajo en las líneas de fuego, demuestre manifiesta incapacidad para desempeñar su trascendental cometido, será propuesto para la reducción de su jerarquía.

Estas medidas redundarán en beneficio directo del Ejército del pueblo, de su eficiencia en la lucha, de su organización y potencialidad para ganar la guerra.

Por todo ello, el decreto es justo y ha de ser acogido con verdadera satisfacción por el pueblo y por todos aquellos soldados de la República que han combatido y combaten con heroísmo en defensa de la libertad.



UESTRO "MURAL" BATA **LA GRAN BATA** **CONTRA LA** **INCULTURA**



Nuestra Brigada atiende, con la preferencia que merece, la labor de instrucción cultural de nuestros soldados. Sus medios de lucha, se aumentan en el sector ocupado por nuestras fuerzas, en las trincheras, en el Cuartel de la Brigada, dotando de mejores elementos de enseñanza cada uno de estos lugares, divulgando consignas aleccionadoras, estimulando la asistencia a las clases...
 Nuestros Comisarios y nuestros Maestros han comprendido la enorme importancia que para la formación de un gran Ejército popular tiene la labor de extirpar el analfabetismo y procuran una mayor capacitación de los soldados en todos los aspectos, y se entregan a la batalla contra la incultura con un entusiasmo y abnegación que es promesa del más completo éxito



¡Ni un solo soldado de nuestro Ejército sin saber leer y escribir!
 En una mano, el fusil; en la otra mano, la cartilla



Fascismo es analfabetismo
Sólo desterrando ambas plagas de nuestra patria podremos considerarnos vencedores



Balas Rojas



¡Soldado de la República!
Necesitamos obtener 2 Victorias:
Vencer al fascismo y al analfabetismo

En el campo, en la trinchera y en la escuela...



SANO



CULTO Y LIMPIO...
ES EL SOLDADO



Ejemplo de combatientes antifascistas:
 El soldado del Segundo Batallón, Dimas Vitoria González, de 27 años, que en periodo de veinte días ha dejado de ser analfabeto. Merece destacarlo en este mural como emulación a todos los que hallándose en iguales circunstancias no saben cumplir con su deber de capacitarse en beneficio propio y en el de la República.



DE LA VICTORIA

¡Lucha contra el fascismo y contra la ignorancia!

Composición ANIBAL TEJADA

+ Sanitarias.

Muchas son las funciones que abarca la Sanidad militar, pero debido a la necesaria brevedad solamente trataremos sucintamente algunos de sus aspectos.

Podemos asegurar que es en la línea de fuego exactamente donde comienza la actuación de las últimas estribaciones de la Sanidad militar, y que por ello es de imprescindible valor su función, precisamente en el sitio en que cae herido el soldado o sea en los sitios perfectamente batidos por el enemigo es donde comienza. En efecto, el herido debe ser recogido inmediatamente por los camilleros, que lo trasladarán al resguardo de cualquier repliegue del terreno o edificación, donde será asistido por el responsable de Bolsa de Socorro de Compañía, el cual practicará la primera cura de urgencia y reanimará al herido oportunamente; aunque sea una cura rudimentaria, no obstante sus heridas pueden ser bien desinfectadas, efectuando, aunque modestamente, una «toilette» de la herida, efectuando los vendajes oportunos de forma que se eviten infecciones y hemorragias.

Aquí acaba la misión de este «personaje» de la Sanidad en la línea de fuego, que es el «sanitario responsable de Bolsa de Socorro de Compañía», el cual representa realmente un imprescindible elemento, puesto que culturizado debidamente por el médico del Batallón representa la última estribación o representación de la Medicina en la línea de fuego.

Cada Compañía debe de tener, preceptivamente, por lo menos dos camillas, cuatro camilleros y el responsable de Bolsa de Socorro.

En cuanto al responsable de Bolsa, que también corre el azar de los peligros de la línea de fuego, debe ser elegido con mucho cuidado para que no carezca de las siguientes condiciones: Cultura que le permita una rápida capacitación en cosas de curas de urgencia, por lo cual debe de ser baqueteado previamente en esta materia en el Puesto de Socorro del Batallón, donde llegará a practicar a la vista del médico todas estas pequeñas intervenciones de urgencia, sabiendo aplicar debidamente todos los componentes de la «Bolsa de Socorro». Siendo el primero que asista al herido, debe de estar escogido entre los más excelentes camaradas, puesto que en los momentos de dolor infinito debe de portarse como un verdadero hermano del herido.

Una vez trasladado el herido al Puesto de Socorro del Batallón, podemos asegurar categóricamente que, a pesar de los medios modestos de que suelen estar dotados, es extraordinariamente disminuido el número de riesgos que con respecto a las lesiones sufran los heridos. El Puesto de Socorro del Batallón constituye la piedra angular de la Sanidad de campaña; en él, el médico, con el auxilio del practicante, examina detenidamente las lesiones del herido, efectuando una cura detenida, extrayendo los cuerpos extraños que están a su alcance, efectuando una «toilette» general de la herida, practicando con seguridad la inmovilización provisional de las fracturas de los huesos y haciendo una cura completa que asegure de todo riesgo de infección y casi siempre de hemorragia al herido. A continuación es evacuado con toda comodidad en una ambulancia al quirófano del hospital correspondiente, donde la ciencia quirúrgica hace maravillas para salvar la vida del herido o la capacidad funcional del miembro.

No es sólo la misión del médico de Batallón en el Puesto de Socorro ésta, sino que tiene otras misiones importantísimas. Por ejemplo, la revista de higiene y limpieza debe de constituir más que una obligación suya una verdadera obsesión, puesto que el soldado limpio, sano y que sabe que si cae herido tiene la seguridad de que va a ser asistido por una Sanidad perfecta, aumenta su moral de combatiente extraordinariamente.

La vigilancia de higiene en la alimentación que, con el fomento de la cultura física, darán vigor físico al soldado, que también así

aumentará su capacidad combativa. La profilaxis del Batallón, que evite enfermedades infecciosas o su diagnóstico precoz, en cuyo caso la localización y extirpación del foco de infección, si se encuentra éste dentro del campamento, constituya una obligación importante de su misión.

Esta «carne de botiquín» o esta «carne de hospital» está constituida principalmente por arruinados físicos, y menos mal en este caso, ya que la miseria fisiológica merece todos los respetos, por débiles mentales, pletóricos de miedo, que necesitan un período de adaptación a la guerra y cuya psicoterapia principalmente debe de correr a cargo de los «médicos del miedo», como muy bien pudiéramos llamar a los comisarios, que son los encargados principalmente de levantar el espíritu de sus soldados; pero lo peor del caso lo constituyen los «huesos», o sea los gandules, que no sintiendo la sagrada causa que en esta guerra tratamos de conseguir, creen al médico capaz de ser engañado y pretenden alejarse del peligro con una evacuación intempestiva o rebajándose de servicio. Con estos sujetos hay que tener mucho cuidado y mano dura, pues aquí se encuentran los sinvergüenzas, los mercenarios y acaso algún simpatizante de la «quinta columna».

Todo esto y muchos sinsabores ocasiona a los médicos de Batallón; por ello deben estar en todo momento secundados por los jefes y oficiales.

Como prueba de lo anterior cabe hacer la siguiente afirmación: Los médicos de Batallón conocen perfectamente a los soldados con poco o sin algún espíritu militar.

Los mandos, a través del libro de reconocimiento de Compañía, tienen noticia diaria de la movilidad de su Compañía, y muchas veces los oficiales que sean buenos observadores tendrán explicación inmediata acerca del rendimiento de sus soldados; por ello se debe de intensificar las charlas y cambios de impresiones con el médico del Batallón.

Estos Puestos Centrales de Socorro que pertenecen a la Sanidad de la Brigada, además de controlar la evacuación, organizar las estadísticas de Sanidad de la Brigada, rectificar las curas que merezcan hacerse así, dar la asistencia de especialidades y gobernar debidamente la enfermería de agotados y enfermos leves, cuenta en su seno con un Equipo de Desinsectación que acude por trincheras y locales, haciendo una labor formidable de higiene, merced a la cual son evitadas innumerables enfermedades contagiosas.

Así mismo puede decirse constantemente que el espíritu de Sanidad de la Brigada debe de tender a desarrollar todas las facetas que constituyan la higiene de campamento, construcción de letrinas, de pozos negros y su uso debido o indebido, así como todo lo que tienda a policía urbana de campamento, por estar íntimamente relacionado con la higiene.

La culturización sanitaria de la Brigada, es decir, el que la Sanidad interese a la Brigada constituye un capítulo de propaganda que no debe de abandonar nunca el Grupo de Sanidad; para ello debe haber primero un ejemplo por parte de los sanitarios en el cumplimiento del deber y después se puede acudir a otros procedimientos, como son: la propaganda en el periódico de la Brigada, la propaganda en los periódicos murales y la organización de conferencias en que se aborden temas de Sanidad militar, etc., etc.

El Grupo de Sanidad de la Brigada debe de tomar a pecho la motorización de todos los servicios de Sanidad, para lo cual es fácil por diferentes recursos alimentar medios para poseer por lo menos los siguientes elementos:

Seis ambulancias, una camioneta, un «auto» de duchas y un «auto» con dos cabinas en que vayan organizadas la Clínica de Odontología y Venereología, en cuyo servicio puede montarse así mismo un servicio de transfusión de sangre.

Las estadísticas que sobre Sanidad arroje la Brigada es menester no solamente catalogarlas, sino interpretarlas, pues nos darán explicaciones y soluciones de muchos problemas.

DR. C. BASTERRA



Héroes.

Nuestro Batallón 299 pierde dos de sus mejores soldados

La fatalidad, que siempre elige los mejores para hacerles blanco de sus designios, ha segado la vida de dos luchadores jóvenes y animados de un gran fervor republicano.

Uno de ellos, el teniente Juan Barnés, cayó trágicamente, días pasados, una noche en la que los elementos desatados ponían a prueba el temple de nuestros hombres. Pero Barnés era un soldado que conocía su deber y lo practicaba, hiciera o no buen tiempo. Visitando los escuchas más apartados de nuestra primera línea encontró su



muerte: un tiro seco en el corazón, y quedó tendido en tierra un hombre joven.

El teniente Barnés era un militar capacitado y valiente, que estaba orgulloso de pertenecer al Ejército del pueblo. Que todos sintamos con igual intensidad este orgullo y nos haremos dignos de su sacrificio.

Otro de los caídos es el soldado Luis Córdoba, luchador abnegado que desde los primeros momentos de la rebelión venía poniendo su juventud y su valor al servicio de la causa del pueblo.

Tanto la muerte de uno como la del otro nos impone la obligación de reafirmar nuestra inquebrantable fe en el triunfo del Ejército popular, al mismo tiempo que la necesidad de no regatear ningún esfuerzo ni sacrificio que adelante nuestra victoria, para así no inmolarse más vidas jóvenes, que nos serán necesarias en la reconstrucción de una España más justa y más feliz.

La propaganda política en las filas del Ejército

(Viene de la primera página)

lítica o sindical serán consideradas como constitutivas de un delito de coacción y determinarán la degradación de quien incurriese en tal delito, sin perjuicio de la responsabilidad penal que le correspondiese.

Tercero. Los comisarios políticos que infringieran lo dispuesto en esta Orden serán desposeídos de su empleo.

Cuarto. Se encarece a los subsecretarios del Ejército de tierra, Marina, Aviación y Armamento, a los respectivos comisarios generales, a los jefes de Ejército, Cuerpos de Ejército y Unidades de tierra; jefe de la Flota, jefe de las Fuerzas Aéreas y jefes de las Bases Navales la más exquisita vigilancia para el cumplimiento de lo que esta Orden dispone.—Valencia, 27 de junio de 1937.—Indalecio Prieto.

Despedida a nuestros Jefes



Orden del día 30 de Junio de 1937

GENERAL :

Anexo a la Orden de ayer.—Por haber sido designado por la Superioridad para el Mando de la sexta División, me veo precisado a dejar el Mando de esta Brigada.

La contrariedad que el deber me impone en esta ocasión por tenerme que separar de vosotros, es grande, tanto, que no puede compensarla ni siquiera el honor de un cargo de mayor responsabilidad y la confianza que en las actuales circunstancias supone.

El apoyo que de vosotros solicité al encargarme de la Brigada me lo habéis concedido con absoluta lealtad, por eso mi Mando ha sido fácil; pero es de imperiosa y estricta justicia haga resaltar la inteligente y leal colaboración que en todo momento me ha prestado el capitán Gonzalo, jefe de E. M., y el comisario Dorado.

Para todos un cordial saludo de vuestro jefe. Firmado, Melero.



Con extraordinario pesar recibimos la noticia: «El teniente coronel de la 75 Brigada pasa a ocupar el puesto de jefe de la sexta División.» Nos habíamos encariñado con él; su serenidad, su hombría, su rectitud, su bondad y su capacidad le habían hecho acreedor a todo nuestro cariño y admiración.

Le buscamos, como suele decirse, con candil. Y tuvimos la fortuna de acertar. Queríamos que nuestra Brigada estuviera dirigida por jefe digno de su historia, y lo hallamos en el teniente coronel Melero. Cuarenta años de vida militar, preñados de persecuciones por su amor a la libertad y a la democracia, trajeron postergaciones. Hoy, con gran alegría nuestra, vemos que se le va haciendo justicia, para bien de la República, y que va ocupando los puestos de responsabilidad que le corresponde.

Su amor a la República y a la democracia, de la que su vida es un ejemplo, le mantienen firme y fuerte para seguir luchando por ella hasta la victoria. Estamos seguros de que en el puesto que hoy ocupa obtendrá en seguida el mismo cariño y admiración que nos otros tenemos con él.

Salud, estimado jefe.

• • •

Mando.—Por disposición de la Superioridad, en el día de hoy ceso en el mando de esta División para tomar el del segundo Cuerpo de Ejército.

Difícil es la despedida en algunos casos, pero más difícil es para mí el hacerlo en estos momentos. Juntos y unidos por ideal y sentimiento hemos convivido; juntos y unidos hemos sufrido los sinsabores de la vida de guerra, y unidos y compenetrados hemos re-

cibido la satisfacción de batir, derrotar y arrancarle al enemigo el terreno palmo a palmo.

El tiempo de sacrificios ya ha pasado, para ser sustituido por el momento actual, en que, llevando la iniciativa del combate, puesto el pensamiento en nuestros muertos y en nuestras mujeres e hijos, arrojaremos del territorio ocupado a los traidores y al extranjero que lo ultraja y pisotea, arrastrando como enseña la bandera de esclavitud del fascismo.

Pronto, muy pronto saltaremos de nuestras trincheras para picar la retaguardia enemiga en su huida y vengar los ultrajes recibidos, y sólo entonces nos resarciremos de las penalidades y sinsabores recibidos.

La hora de nuestro triunfo final y definitivo se acerca muy rápidamente, y cuando llegue ese momento y nos reintegremos a nuestros hogares, mi mejor recuerdo y mi mayor orgullo será el haber sido vuestro compañero de lucha y de ideario.

CARLOS ROMERO JIMENEZ

• • •

Queremos añadir unas palabras de cariñosa despedida al que hasta hace pocos días fué jefe de nuestra División, seguros de interpretar el deseo unánime de las fuerzas de nuestra Brigada. Palabras de respeto y adhesión confundiendo nuestro dolor por su alejamiento de nuestro lado con la alegría y satisfacción que experimentamos al saber que su espíritu de sacrificio y sus servicios por la causa le han llevado a ocupar merecidísimamente la jefatura del segundo Cuerpo de Ejército, desde cuyo puesto estamos seguros de que habrá de rendir grandes beneficios a la causa antifascista. ¡Salud, teniente coronel Romero; seguimos a sus órdenes!

DEL MOMENTO

(Viene de la primera página)

vencer; sin unidad, que es formidable ariete de triunfos, no iremos sino en contra de nuestro ideal, en contra de la independencia de España.

Sepamos, pues, obtener del dolor de una pérdida las enseñanzas palpables y aleccionadoras que nos sirvan para aumentar nuestra capacidad y, por consiguiente, acelerar la hora del triunfo.

En Euzkadi, entre otras cosas, se carecía de Unidad. Afirmemos, por lo tanto, en nuestra Brigada la voluntad firme de que por nada ni por nadie se romperá lo que hoy constituye un galardón nuestro: la unión espiritual y material como palanca indispensable para que la victoria no sólo sea prenda segura nuestra, sino para que su obtención sea pronta y rápida.

VISADO POR LA CENSURA



El sonido en el aire recorre 237 metros por segundo. Si desde el momento en que se distingue el fogonazo de una arma de fuego se cuenta el número de segundos que transcurren hasta oír la detonación, y se multiplican éstos por la expresada cifra, el producto será la distancia aproximada a que se encuentra el que hizo el disparo.

De 2.000 a 3.000 metros se percibe el pito de una locomotora; a 2.000 metros se oyen las cornetas, los tambores y las fuertes bocinas de algunos automóviles; de 800 a 1.000 metros se aprecia la marcha de un tren, y, en ciertos casos, la de la Artillería o la de un escuadrón al trote; a los 600, uno de és-

tos al paso, o el de una compañía que marcha al ordinario sobre terreno firme y resistente. A los 400 metros se percibe el ruido de una compañía que marche en columna de viaje, y a los 150, el de un caballo aislado. A los 100, como máximo, el de algunos soldados, y a los 60, la voz humana.

«LA VOZ DEL COMBATIENTE»

Hoy más que nunca, disciplina férrea en los frentes y en la retaguardia; espíritu combativo y ánimo sereno en todos los antifacistas que defendemos la independencia de la patria.

Hoy más que nunca, fortaleza máxima en el ataque y confianza absoluta en la victoria.

LA MUSICA COMO ARMA GUERRERA

Himnos del pueblo - Cómo nació "La Marsellesa"

Continuando la serie de artículos en que me propongo demostrar la importancia que a música tiene en la guerra y, en general, en todos los grandes movimientos del pueblo en su lucha por la libertad, quiero contaros hoy, del modo conciso y breve que la escasez de espacio me impone, la historia de un himno que todos conocéis: me refiero a «La Marsellesa».

Corre el año glorioso de 1792. El pueblo francés está haciendo su Revolución. Ya ha concluido con los absurdos privilegios de los aristócratas; ya aquel país de pelucas empolvadas, de ridículos petimetres cubiertos de encajes y perfumados como damiselas, que se encenagaban en escandalosas orgías en tanto que el pueblo se moría de hambre, ha desaparecido, y en su lugar se alza un nuevo pueblo que quiere vivir, que ansía vivir libre y dueño de sus destinos.

Europa entera contempla, asustada, la tremenda conmoción que sufre Francia. Y en tanto Austria y Prusia, aliadas, amenazan invadir el país para realizar una restauración de la monarquía que es ya imposible.

La planta extranjera se ha posado en Alsacia, y el buen pueblo alsaciano se ha puesto en pie para aplastar al invasor o perecer en la lucha.

Estrasburgo, la vieja y tranquila ciudad alsaciana, hierve en gentío excitado. Jóvenes y viejos, hombres y mujeres, todos ansían lanzarse al ataque y tomar su parte en la lucha contra el prusiano y el austriaco.

Los pechos se encienden en gritos y canciones patrióticas. Y es entonces cuando la causa del pueblo henchido de entusiasmo y de fe en el triunfo, inspira a un hombre. Y Rouget de L'Isle, hasta entonces oscuro e ignorado, entona la primera estrofa del himno que acaba de componer, ese himno tremendamente hondo y valiente que, después, se llamó «La Marsellesa»:

«Marchemos, hijos de la Patria;
glorioso día luce ya...»

Rápidamente, la fama de «La Marsellesa» se extiende y pronto es cantada por los caminos al recio compás de los pasos de los hombres que van a la lucha; y sus estrofas son arrojadas como insultos a la cara del enemigo en los campos de batalla.

Después lo toma el pueblo para sí, y el himno de la independencia nacional se convierte en el himno de la revolución, que es también lucha por la independencia del oprimido contra el opresor, del esclavo contra el amo. De un extremo a otro de Francia suena «La Marsellesa» como un reto gigantesco que oyen con pavor los grandes países opresores de toda Europa, asustados al pensar lo que es capaz de hacer un pueblo que gana una guerra cantando y que, cantando también, hace una Revolución.

Hoy, «La Marsellesa» es el himno nacional francés. Y estuvo a punto de serlo también español, allá en los primeros días de nuestra amada República.

Yo recuerdo con emoción aquella soleada tarde abriliana en que el pueblo de Madrid invadía las calles jubiloso ante la noticia formidable. Y también recuerdo que aquellos cientos de miles de corazones llenos de gozo, al ponerse en marcha hacia el Alcázar pétreo y hermético desde donde por siglos habían sido sojuzgados, sintieron la necesidad de cantar; y cantaron «La Marsellesa», que aquella misma noche repetían ya las gramolas de los bares, la «radio» y las orquestas de los teatros.

«Marchemos, hijos de la Patria;
glorioso día luce ya...»

Como el pueblo francés en 1792, el pueblo español, en 1931, cantó «La Marsellesa» al triunfar en su lucha por su independencia y sus reivindicaciones. Y yo pienso, siempre que oigo ese himno brillante y varonil, en aquel poeta y músico, en aquel pobre Rouget de L'Isle, hasta entonces ignorado y que dió a su pueblo el himno que le acompañó en el triunfo.

GUERRERO

Delegado político de la Música de la 75 Brigada



Alemania e Italia se han retirado del Comité de control.

Habría que decirles a los fantoches de Hitler y Mussolini lo que le decían al «Gallo» cuando anunciaba su retirada de los toros: «¡Pero si tú nunca te has «arrimao»...!»

La nota del Gobierno español a Inglaterra es un exponente más de la dignidad y de la razón del pueblo español.

Asombra pensar lo flacas que van a ser las vacas a Francia y a Inglaterra cuando les llegue la hora de las vacas flacas... Que les llegaria, si el pueblo español, con su victoria, no lo evitara.

Las Internacionales obreras siguen celebrando reuniones, de las que salen deseos fervientes de ayudar al pueblo español.

Tan anquilosados se encuentran ciertos miembros, que los primeros pasos no pueden por menos que resultar vacilantes. Para des-pavilarse no hay como saber sentir como propios los latigazos que el fascismo internacional proyecta sobre la carne del pueblo español.

Austria se ha negado por tercera vez a reconocer al «Gobierno» de Franco.

No se preocupe el infame traidorzuelo. Estamos seguros de que acabarán reconociéndolo en todo el mundo; reconociéndolo como el más vil y miserable de los seres, que no podrá encontrar un rincón donde refugiar todos sus crímenes.

El melifluo Hitler ha declarado cínicamente que necesita el hierro de España.

Nosotros, generosos al fin, le aseguramos que estamos dispuestos a suministrarle todo el hierro que necesita para su cabeza y para sus pies. ¡Aunque nos arruinemos!

Balas... perdidas.



JESUCRISTO. Dejad que los niños se acerquen a mi.

LOS QUE SE AMPARAN TRAS ÉL.-Nosotros nos encargaremos de asesinarlos.

Tip. Comercial.-Jesús del Valle, 6.-Tel. 18848

BALAS LIRICAS

PENA DE MUERTE AL LADRON

Con el peligro a la vista,
todo buen antifascista
labora por la nación...
¡Pena de muerte al ladrón!

Soldado desaprensivo
que, dándotelas de vivo,
nos dejas sin un botón...
¡Pena de muerte al ladrón!

Y todo aquel «mangante»
que, aprovechando el instante,
nos quita la munición...
¡Pena de muerte al ladrón!

El que hasta los puros «afana»
y, porque le da la gana,
mete mano en el cajón...
¡Pena de muerte al ladrón!

Quien se dice antifascista
y, con su mira egoísta,
perjudica a la nación...
¡Pena de muerte al ladrón!

Quien una casa saquea
y con ello considera
hecha la revolución...
¡Pena de muerte al ladrón!

Quien en cualquier sindical,
con un instinto animal,
nos arrebató la unión...
¡Pena de muerte al ladrón!

La pena de muerte es sana,
para el día de mañana
poder decir, con razón:
En la España antifascista,
libre de todo egoísta,
«¡No existe un solo ladrón!»

¡VIVA LA REVOLUCION!

